



El buen agrónomo, mientras tanto, sentado sobre un peñasco con los brazos cruzados y vueltos los ojos hacia la campiña, parecía sumergido en profunda meditación; momentos que el profesor aprovechaba para desarrollar á mi alrededor una especie de panorama histórico de la llanura de Pinerolo.

Yo no debía dejarme engañar por todos aquellos pueblos que por allí se veían y que presentaban tan hermoso aspecto en medio de la verdura.

Tenían el aire de honrados propietarios del campo y de pastores tranquilos; pero eran viejos soldados disfrazados, cubiertos de cicatrices y llenos de terribles recuerdos.

Aquel pueblo grande que se distinguía á pocas leguas, con aquella iglesia encarnada, que le daba aire de dichosa paz, "Vigone" había visto destrozar el ejército de Carlos Manuel I, por los hugonotes multicolores del general Lesdiguières y presenciado

uno de los más horribles saqueos del siglo xvi.

¿Pero quién podría contar los saqueos y los incendios de aquel alma negra de Lesdiguières? Había sido el Attila de la llanura Pineroleña, aquel perro de viejo arquero y ex-leguleyo.

No había uno siquiera de aquellos pobres pueblos al que no prendiera fuego. Así, rabioso de no haber podido arrojar á Carlos Manuel de Cavour, había puesto á sangre y fuego á Buriasco; un hermoso pueblecillo que se distinguía á la derecha de Pinerolo, como pequeña mancha sonrosada.

Es verdad que hay muchos recuerdos tristes de familia en aquella parte. Más acá de Buriasco, está Macello, por dónde pasaba el confin entre Francia y el Piamonte, cuando Pinerolo era de los franceses; allí, por ejemplo, al rededor del antiguo castillo se mataron fraternalmente los soldados de Jacobo de Acaia y los de Barnabó Visconti. Más allá de Macello, está Garzigliana, donde se conserva un torreón del castillo de Montebruno, junto al cual fué derrotado por los Astiguani, aquel desgraciado Tomás II de Saboya, que fué librado de la prisión por sus enemigos para ser arrojado en la cárcel por los propios súbditos.





A pocas leguas de ahí, á la derecha de Vigone, se ven los techos de Pancalieri, un pueblo grande que Cárlos II de Saboya abandonó al furor de sus milicias para castigar á Claudio de Racconigi, señor del lugar, despues de haber hecho ahorcar á todos los soldados del marqués de Saluzzo que le habían ayudado á invadir el Piamonte.

Junto á Pancalieri está Polonghera, tomada por asalto y maltrecha por Luis de Acaia, para dar salvable recuerdo al feudatario Ricardo de Provana, que había simpatizado con el marqués de Saluzzo y con los Visconti.

Habíamos hecho un hermoso trabajo nosotros tambien, en nuestra propia casa, como puede verse.

Ahí mismo, junto á la roca de Cavour, blanqueaban las casas de Villafranca, una de las veinte y siete Villafrancas, de los dos hemisferios que puede decir haber visto una cosa extraordinaria en los tiempos pasados: el comandante de la caballería de Leon X.

Próspero Colonna, despues de haberse alabado de coger *como pájaros en jaula* á cuantos franceses bajasen de los Alpes, se dejó sorprender por los *pájaros* mientras estaba comiendo de buen humor y hecho prisionero con todos sus cazadores.

Parece que se haya ejercido un maligno influjo por la bebida sobre este pedazo de país.

Allá abajo, sobre el camino de Pinerolo, se ve el campanario de Osasco: había allí de guarnicion en 1705, una compañía del Regimiento de Monferrato, mandada por un capitán; tenían excelente vino en el pueblo y tomaron una *turca* fenomenal; tal borrachera, que habiendo sobrevenido los franceses é intimado la rendicion con amenaza de hierro y fuego, nadie se encontró en estado ni de resistir ni de negociar, y hubiéranse dedicado al incendio y al estrago, si no se hubiera encontrado entre los enemigos una mujer saboyana, conocida de los Condes de Cacherano, á la cual debió el pueblo su salvacion y la guarnicion, una capitulacion honrosa.

En resumen; no hay más que miserias que recordar en toda aquella parte. Para confortarse un poco, es preciso volver la vista á la izquierda de Pinerolo.



\*  
\* \* \*

Allí, por un buen rato se vá bien.

En Bricherassio, el asedio victorioso de Cárlos Manuel I.

En Bibiana, sobre la cima de la colina de San Bernardo, Víctor Amadeo hizo el voto de la Basílica de Superga, coronado un mes después, con la espléndida victoria de Turin.

En Lucerna, el Marqués de Parella embistió, rompió, puso en fuga, exterminó á 30.000 soldados de Feuquieres, en la guerra de 1690.

Pero.... ¡ay de mí! Desde Lucerna en adelante, comenzamos las notas dolorosas.

La primera es la del pobre Bagnolo, tomado y arruinado por los franceses de Francisco I, por los saboyanos de Cárlos III y por los españoles de Cárlos V.

Después viene Borge, donde Denina enseñó la gramática y empezó la *Historia de la Revolución*, maltratado veinte veces por los imperiales y los franceses del siglo xvi.

Más adelante, todavía peor: Revello; donde la soldadesca de Catinat cometió aquellos horrores que todos saben, en el convento, en que estaban recogidas las niñas de las más ilustres familias del Piamonte.

Después de Revello, peor que peor: Staffarda. Y más allá de Staffarda, Moretta, donde se recogió tumultuosamente el ejército de Víctor Amadeo, después de aquella tremenda derrota, protegido todavía en la fuga por el sereno valor del Príncipe Eugenio.

Pero ¿no hay otros recuerdos más que batallas é injurias extranjeras en este desgraciado país? ¿Qué es esto, señor profesor?....

Un momento, un poco de calma.

Estábamos vueltos hácia Moretta. Por Moretta pasa el Varaita.

¿Y no vá ligado algun buen recuerdo á este Varaita?

—Sí, ¡cuerpo de un cañon de á treinta y seis! Una gran jornada, una victoria fulgurante: el ejército de Luis XIII, acudiendo en ayuda del Duque de Nevers, asaltado, roto, desbaratado, rechazado, desbandado como manada aterrorizada, á la otra parte de los Alpes, por Cárlos Manuel I, en el año de gracia de 1628.



—¡Bendito sea Dios! Hé aquí casi igualada la partida.

—¿Qué le parece?—me dijo, marcando las frases, el profesor.

—Es en verdad una cueva histórica la roca de Cavour,—añadió.—Yo vengo aquí una vez cada año, solo, y me siento sobre estas piedras á contemplar la llanura, y á reanudar mis lecturas predilectas; y haciendo armar los ejércitos y tronar las baterías con la imaginación, revivo, por decirlo así, en el pasado y

*in me stesso m' esalto*

como dice el divino Alighieri.

\*  
\* \*

—Y bien, ¿qué me dice?—me preguntó el agrónomo, acercándose. — Son buenos terrenos, yo lo aseguro. Terrenos de trigo y de forraje de dos mil á cuatro mil pesetas la hectárea. El inconveniente es que faltan los buenos abonos. ¿Qué queréis? No hay fábricas de artificiales, el estiércol de los establos no lo saben conservar, y es preciso hacerlo venir de lejos, de modo que cuesta un ojo, por razón de trasportes.

En Pancalieri para citar un caso concreto y recientísimo hacen venir el guano nada ménos que de Carmagnola.

Mire Vd. allá bajo..... Campiglione y Fenile. Tierras magníficas para los viñedos. De esta parte recibimos excelente uva de todas clases y de magnífica calidad.

Si en estos alrededores se dieron con cuidado á perfeccionar los métodos agrícolas y de fabrica-



ción que no los quieren entender podrian obtener el vino número uno.

Y sepa Vd. que en cuanto á ganado, estamos muy bien. Dé Vd. una ojeada á nuestros mercados: magníficos, inmejorables condiciones físicas; bueyes de corpulencia extraordinaria, de los que muchos se dedican á la exportacion. Mantecas, quesos exquisitos... todo se fabrica aquí.

Lo que debemos confesar para nuestra vergüenza es que estamos mal, pero muy mal en cuanto á establos.

En este punto no estamos á la altura del tiempo, ni muchísimoménos, no señor. ¡Horror! Basta; mejor es no hablar una palabra de esto.

¿Hacia donde mira? ¿Allá abajo? ¡Oh! Allí está Basio. Por aquellas inmediaciones se cultiva con éxito lisongero el cáñamo.

Tenemos una variedad infinita de cultivos en los contornos.

Por ejemplo, en la parte de Virle y de Castagnole se cultivan los rábanos que resultan exquisitos; en otras comarcas se dedican al cuidado de las legumbres, y tambien se cria un poco de arroz en las riberas del Pó.

Cada sitio tiene su especialidad.

Vaya á Lucerna, á la Magdalena: allí verá en todo

su apogeo la industria de la estracción de fécula de patata.

Pase Vd. á Bibiana: allí se dedican á la estracción del alcohol. Despues, en todos lados se fabrica un poco de aceite de nueces prensadas, que es una industria que tambien tiene su importancia y no poco porvenir.

Esto, sin hablar una palabra de la pesca, que todo el mundo sabe lo que es: barbos y anguilas en el Chissone; tenca en el Pellice y aun gobios; sollos y carpas magníficas en las ramificaciones del Pó; y por todas partes, truchas y truchas, no muy gruesas, pero... Bien es verdad que Vd. ya las ha bra comido.

¡Únicamente en Villafranca existen quinientos pescadores! ¿Y qué me dice Vd. de los bosques y de los castañales? De ellos hay la bagatela de 700 hectáreas solamente en Virse, Pancalieri y Lombriasco... Qué nombres tan curiosos ¿no es verdad? Lombriasco, Piosasco, Frossasco, Osasco, Subiasco, Busiasco, Cervignasco, Fermolasco, Cercenasco... ¿qué tal?

Tenemos tambien excelentes minerales de hierro, antimonio ¿qué se yo? y mármoles para hacer arrogante figura en cualquier exposicion.

En fin, no hay más que hablar: es una de las mejores comarcas del Piamonte.



Sin embargo, hé aquí la gran desgracia: falta la instrucción agraria, faltan los capitales que van todos á convertirse en ese maldito papel del Estado... Faltan buenas estaciones de remonta.

Y despues... lo peor de todo, las contribuciones desproporcionadas que se comen enteramente la pequeña propiedad y obligan á emigrar á los campesinos laboriosos.

¡Ah! Sí, en efecto, queda mucho, muchísimo todavía por hacer.

Sería preciso que todos contribuyesen con sus fuerzas á la prosperidad del terreno.

Sería preciso distribuir mejor las aguas de riego, antes que nada, pues hay campos á los que sobra mucha, y otros á los que falta toda; regular un poco la pesca en que todo el mundo hace lo que le parece; proveer á la seguridad campestre que anda como Dios quiere; mejorar las colonias, aplicar las máquinas agrícolas últimamente descubiertas, repoblar los bosques... y sobre todo, antes que nada, como le digo, disminuir los impuestos que son una verdadera desesperación.

Cuando todo esto se haya realizado, las cercanías de Pinerolo serán un verdadero paraíso.

¿Ve Vd. allá bajo Osasco? Es un magnífico establecimiento de pollicultura; un gallo y dos ga-

llinas de Cochinchina, cuarenta y dos pesetas, el embalaje comprendido y media peseta el huevo.

Sobre estas cosas debería escribirse.





Poco separado de la esplanada del castillo, encuéntrase un caserío solitario, con un poco de tierra cultivada que pertenece á la familia Benso. El pueblo fué dado en feudo por Cárlos Manuel III, con el título de Marquesado, á los Benso de Chieri, señores de Santena, los cuales tomaron en adelante el sobrenombre de Cavour.

Aquel caserío fué propiedad del Conde Camilo, el cual llevado tal vez por aficiones arqueológicas, quién sabe si con otro fin diferente, mandó practicar excavaciones en los alrededores, segun se decía, con ánimo de descubrir objetos antiguos; y en aquellas excavaciones fué descubierta una gruesa bala de cañon del peso de 20 kilogramos, que los muchachos del lugar hicieron correr por las eras: un regalo de Cárlos Manuel I probablemente.

Sin duda, el gran ministro debe haber subido muchas veces allí arriba, cuando estaba muy le-

jos de preveer, ni aun remotamente, que un día habfa de hacer bajar de aquellas montañas doscientos mil soldados franceses y estremecer á Italia y agitar á Europa entera.

Y tambien de seguro meditó muchas veces sobre aquella cima, con la mirada soñadora errante por aquella llanura, alguna de aquellas grandes empresas agrícolas, que por entonces ocupaban por entero todas sus facultades y actividad.

La casita está edificada sobre un promontorio de la roca que sobresale á manera de techo sobre un pequeño trozo de terreno verde, ligeramente inclinado hácia la llanura y salpicado por claveles campestres y flores de achicoria.

Sobre ese terreno vienen continuamente á hacer sus meriendas, alegres comparsas de los pueblos vecinos.

Pero cuando nosotros bajamos no habfa nadie. Véanse todavía sobre la hierba las huellas de las pisadas y un pedazo de periódico.

Me bajé á mirarlo; era un tercio de columna de *El Figaro* con un fragmento de reseña de una representacion en el *Ambigú*; un verdadero aereolito, un fragmento de otro mundo que me hizo extraña impresion en aquella soledad, entre aquellos huesos de muertos y aquellos trágicos re-



cuerdos, atravesadas, así, repentinamente, por la imágen de los esplendores y placeres del *Boulevard*.

\*  
\*\*

Alrededor de la explanada, bajan las rocas en todas direcciones. Hasta allá arriba tal vez, hasta la pedregosa orilla de aquella verde terraza llegaron en la noche del 20 de Noviembre, los más ágiles soldados de Lesdiguières, enviados á asaltar el castillo por sorpresa. Y sin duda cayeron allí, cansados, con el rostro escondido en la hierba, conteniendo la respiración, apretando el cuerpo contra tierra, esperando á los que los seguían.

Y estos se estrechaban unos contra otros en las tinieblas, escondiéndose en los zarzales, arrastrándose por los setos espinosos, animándose en voz baja; furiosos que blasfemaban, tímidos que encomendaban su alma á Dios, jóvenes audaces y tristes, que subían con el presentimiento de la muerte, pensando confusamente, con mezcla de ternura y de tristeza, en las delicias de su casa lejana; una larguísima fila flexible, como monstruoso



reptil negro, arrastrándose bajo la amenaza de un talon gigantesco. E iba para arriba el mónstruo, lento y horrible, respirando por cien bocas, agarrándose á las rugosidades del terreno con cien garras y volviendo todos sus ojos hácia la cima.

Y sobre este, otro mónstruo, negro é inmóvil, cargado de hierro y de fuego, lo esperaba en silencio para echarse sobre él en el momento oportuno, y sembrar la roca con sus huesos rotos y sus mutiladas entrañas.....

No hay allí un palmo de terreno del que no se pueda decir, repasando el pasado:

—¡Aquí se degolló, se mató, se incendió, se armó un verdadero infierno!

En verdad que despues de cuatro meses de excursiones históricas, á fuerza de oír repetir por todas partes aquella eterna cancion de sangre, se acaba por verlo todo rojo, y ya no se siente ni horror ni piedad; sino asco, rabia y ódio. Se quisiera tener una voz milagrosa que se hiciera oír por todos los seres humanos, presentes y pasados, para gritar:

—¡Estúpidos, imbéciles, bestias! ¡Sois tan bestias que habeis hecho bien, que haceis bien, que haréis siempre bien en mataros como bestias!

Pero no se tendría razon. ¿De qué serviría? Una

hora despues estaríamos todos dispuestos á hundir la espada en el vientre á quien nos diese un empujon involuntario al pasar ó nos dijese una palabra más alta que otra.

Yo pronuncié aquellas palabras sobre la roca de Cavour, pero el pequeño homicida que tambien yo, como todos los demás llevo dentro, me contestó levantando desdeñosamente los hombros.



\*  
\* \* \*

En tanto, el cielo se había cubierto de sombras y la niebla subía: bajamos.

El camino estaba desierto como á la subida. No encontramos más que una persona como á la mitad de la pendiente, y de ella me acordaré por mucho tiempo.

Era una vieja aldeana, alta de estatura, delgada y encorvada; una cara austera de aquellas viejas extraordinarias, casi espantosas que dibujó Doré en España. Subía cansada, deteniéndose á lo mejor para recobrar aliento y parecía que sufría.

¿Qué demonios iba á hacer allá arriba, completamente sola? Cuando estuvo á tres pasos de nosotros se lo preguntamos.

Se detuvo y nos miró fijamente uno detrás de otro con sus dos ojos grises clarísimos.

Después dijo lentamente y en tono severo:

—Voy á orar,—y volvió á clavar los ojos en nosotros, como sospechando una burla.

Venía de Bibiana, enferma como estaba, arrastrándose con los mayores apuros, y verificaba aquella ascension con semejante niebla, para ir á orar al pie de la cruz del castillo; y su viaje á Cavour no reconocía absolutamente otro objeto.

—¿Pero para qué subir hasta allá arriba—le preguntó el profesor—pudiendo rezar en la iglesia?

Semejante observacion pareció herirla. Se irguió alzando la blanca cabeza, y levantando la mano por el aire, dijo con voz solemne que nos dejó pasmados:

—¡Dios está en todas partes! ¡Dios está en la iglesia! ¡Dios está sobre la roca! ¡Dios nos vé siempre! ¡Dios nos vé á todos! Es preciso rogar por la salud del alma. Orar por nosotros, orar por los demás y por los vivos y los muertos: por todos. Nunca se pierde nada en rezar. Podemos morir hoy, podemos morir mañana; yo, ustedes, todos, de un momento á otro podemos morir. ¡Nadie sabe lo que le espera! ¡Dios está en la iglesia y sobre la roca! ¡Dios está en todas partes y nos vé á todos!

Y permaneció todavía un momento con el brazo en alto, en actitud inspirada, mirándonos fijamente con sus ojos grandes y vidriosos de moribunda, con expresion entre amenazadora y compasiva, pero tan fija, intensa, extraña que nos quedamos los tres mirándola y sin poder decir una palabra.



Después inclinó la cabeza y volvió á tomar lentamente el camino, perdiéndose en la niebla que á cada instante se hacía más intensa.

\*  
\* \*

Todavía no habría llegado la vieja á lo alto del castillo, cuando mis dos amigos se enfrascaron en una gran discusion sentados conmigo á una mesa de la *Posta*, en una de aquellas habitaciones típicas de las posadas de pueblo, que el patron suele conceder graciosamente á los buenos parroquianos, para que coman tranquilamente lejos del ruido de los borrachos y de las emanaciones de la cocina: un lecho matrimonial á un lado, dos saucos llorones de papel sobre la chimenea, Victor Manuel y Garibaldi en las paredes y la bandera nacional arrollada en un ángulo, que espera la fiesta del Estatuto.

El argumento de la discusion era gravísimo. El profesor sostenía la primacía del vino de Campigliole, y el agrónomo que tenía terrenos en Bricherasio, la negaba, queriendo que se reconociese la superioridad del vino de Bricherasio.

La cuestion era tratada por una y otra parte, con una seriedad, con un calor, con tal abundancia de



argumentos y términos técnicos que no puede formarse idea el que no ha nacido en el país del Grignolino y del Barolo.

Quien hubiese visto las caras y los gestos sin escuchar las palabras, hubiera creído que discutían uno de los más altos y trascendentales problemas de filosofía.

Tanto uno como otro, al hablar movían delante de sí la mano derecha, con las puntas del pulgar y el índice juntas, y los otros dedos extendidos, á manera de predicadores, y levantaban de vez en cuando los ojos al cielo, abriendo los brazos en actitud de decir:

—¡Santísimo Dios, perdonadle esa blasfemia!

—En fin—dijo el agrónomo,—nuestro amigo juzgará.

Y llamó al posadero, ilustre vinatero y concejal del Ayuntamiento, para preguntarle si estaba en situación de suministrar los elementos del juicio.

El posadero sonrió como hombre satisfecho de la superioridad de sus géneros: tenía tanto de uno como de otro vino, y no como se quiera, sino antiguos de cinco ó seis años, en fin, lo que vulgarmente se llama el *non plus ultra* en el género. ¿Era pregunta aquella para dirigida á un hombre como él? En muchas lenguas á la redonda era famosa su taberna.

Sirviéronos lo más pronto que pudo. Yo fui nombrado árbitro. Me pusieron una botella de Bricherasio á derecha y una de Campiglione á izquierda y me hicieron los dos un signo que significaba:

—Justo juicio salga de tus lábios.

Me hizo reír aquella solemnidad. Pero el agrónomo no estaba para bromas, casi llevó á mal el que yo me riera.

—No, no, perdone—me dijo con cara muy seria—la cuestion es bastante importante, porque.... V. escribe, y si dá un juicio..... no muy exacto, V. perdone, podría ocasionar un grave daño á la exportacion. Hágame el favor de probar los dos, reflexione y despues pronuncie un juicio desapasionado.

Entónces me puse yo tambien sério, con arreglo á las altas facultades de que estaba investido y comencé á beber alternativamente un vaso de aquí y un vaso de allá, bajo las miradas fijas é interrogantes de los dos comensales.

¿Pero cómo dar un juicio?

Estaba en realidad incierto. En mi interior daba siempre la palma al último. Me encontraba como un juez entre dos litigantes igualmente agudos y fecundos, que experimente un decidido gusto oyéndolos y les hace empezar de nuevo cien veces fingiendo no haberles oído.



Eran dos vinos soberbios, algo que abrasaba el estómago y marchaba hacia abajo, como se dice en el *Assommoir* hasta las piernas, arreglando por el camino todos los negocios del alma y del cuerpo.

Finalmente, á cierto punto, decidí... decidirme.

Pero era demasiado tarde. Habíanse consumido ya los elementos del juicio. Los dos litigantes exponían sus razones en mi interior, hablando los dos á una, de manera que no comprendía nada.

—Pero en suma—preguntó el agrónomo y cruzándose de brazos ante la mesa—¿qué es lo que piensa escribir?

Y no me hubiera librado, á no ser que por fortuna, mis dos comensales no hubiesen hecho tambien por su parte una série interminable de ensayos con el objeto de confirmarse más y más en su opinion.

Y lo disuadí tan bien de su empeño que empecé á saltar aquí y allá á la desbandada desde las últimas elecciones municipales hasta la máscara de hierro, y desde el actor Tosselli á un nuevo sistema de minas, hasta que fué á caer y á levantarse en una apasionada discusion acerca de un hombre célebre, cuyo nombre se recuerda á cada paso por aquella llanura y sobre aquellos montes, porque allí conquistó la gloria y fué maldecido y allí dejó de sí un concepto siempre disputado y todavía incierto: el mariscal Catinat.

\*  
\* \*

—¡Un triste jefe, como los otros!—gritó, animándose, el profesor.

El no comprendía cómo hubiese podido adquirirse "un nombramiento" de hombre bueno y generoso un general que había permitido la destrucción de Cavour, que había dejado perpetrar el estrago de Val San Martin, donde tenía en su séquito un verdugo y dos esbirros, que había hecho amenazar á las mujeres valdenses "por haber molestado á los soldados con piedras" y que abusaba de la cuerda de tal modo que obligó á decir á los franceses que "ahorcaba demasiado." *¡Il pend trop!*

Y todo para hinchar al buen Catinat, al generoso Catinat, "grande, bueno, sencillo y humilde" como decía su embustero elogio fúnebre; "el sábio, el filósofo," *les talents du guerrier et les vertus du Sage*, añadía tambien Voltaire, en su descarado dístico de la *Henriade*.



Y era lo mejor, que había acabado por creerlo también él, á fuerza de esperar que, la humanidad con que había tratado á los valdenses le granjeara el amor de los hombres, y de decir que de nada estaba tan orgulloso como de las victorias de Marsaglia y de Staffarda.

¡Se necesitaba descarol! ¡Desgraciado!

¡Como si las más infaustas páginas de la historia subalpina, no llevasen grabado al frente su nombre infausto!

Oigamos que es lo que se tiene que alegar en contrario.

Y trasegaba un vaso de Campiglione para premiarse de su elocuencia.

En verdad tenía yo gran deseo, una verdadera necesidad de rebatir sus argumentos con el mismo ímpetu é igual voz; pero contesté con mucha mansedumbre, considerando que el sentimiento patriótico, cuando está vigorizado por un buen vino, ó mejor dicho, por dos buenos vinos, debe ser particularmente respetado.

No, resueltamente, yo no pensaba como él, ni mucho menos.

Parecíame que podía decirse como Carutti:

—El valiente y buen Catinat.

Era preciso juzgarlo con relacion á su tiempo, como á todos los hombres.

Los estragos cometidos á nombre suyo, sería notoria injusticia achacárselos todos á él.

En cuantas ocasiones le fué posible los impidió, como en las provincias de Juliers y de Limburgo, no obstante las expresas y terminantes órdenes de Luvois.

Otras veces también, atrajo sobre sí la cólera del implacable ministro, por haber perdonado la vida, como hizo en Susa, á la vencida guarnición de la fortaleza.

Pero no *podía* impedirlo. Cuando bajó por primera vez á Italia, ménos que nunca.

Le amaban los ejércitos porque era afable con los soldados, porque socorría y consolaba á los enfermos y heridos, porque se privaba de lo necesario para ellos, porque en último resultado era bueno y justo.

Pero en el furor de los asaltos y de las victorias no le obedecían, se le escapaban y ni él ni otro hubieran tenido fuerza y medios para contenerlos.

Soldados salidos de la peor canalla de las grandes ciudades, embrutecidos por las guerras salvajes de ultra-alpes, indisciplinados por costumbre, en especial los que condujo al Piamonte, conocedores de las órdenes de Luvois que quería guerra exter-



minadora; corrompidos, excitados á la indisciplina por las intrigas cortesanas de que eran testigos en el mismo campo de su general—intrigas urdidas en su daño, y para mayor desgracia del país que invadían,—¿cómo les hubieran obedecido cuando penetraban vencedores en una ciudad ó en un pueblo enemigo, despues de combate feroz? ¿Y quién refrenaba los ejércitos de aquel siglo, los imperiales de Mántua en 1630, las tropas del Duque de Lorena en Francia durante la minoría de Luis XIV y los soldados de Wallenstein en su mismo país?

Por lo ménos, él daba á menudo terribles ejemplos: hacía colgar á los *maraudeurs*; era "sin piedad con los soldados sin piedad;" iba muchas veces disfrazado á interrogar á los campesinos, aun en país enemigo, para informarse si habían sufrido tropelías, y hacía justicia solemne.

Pero aquello que servía para tener sugetos á los soldados en el campamento, de nada aprovechaba una vez que se soltaban en la sangre y en la muerte y no había un solo oficial que pudiera contener á un soldado siquiera.

No, toda su vida le defendía de la acusacion de barbarie: la modestia mostrada en todas ocasiones, el afecto que por él tuvieron Fenelon, Vauban, La Rochefoucauld, los hombres más ilustrados y

más eminentes de su tiempo; la soledad austera en que vivió en los últimos años en su tierra de Saint-Gratien, amado y respetado de sus trabajadores del campo; su cultura, su amor á la familia, su desinterés, la sencillez de su vida, todas las sentencias y palabras que de él se conservan, elevadas y nobles, con el sello de una inteligencia vasta y serena... No, no era un bárbaro.

Hubiera sido verdadera injusticia ponerle la marca de sangre sobre la frente.

Desanimado, indignado, algunas veces pudo no haber intentado impedir las atrocidades de su ejército para no salir desautorizado de una tentativa de represion impotente; pero siempre sintió horror en su corazon, y siempre los deploró con amargura, ó no se tiene derecho á juzgar la naturaleza humana.

¿No había escrito á Paris despues de la batalla de Staffarda:—"Es preciso tener compasión de estos desgraciadísimos pueblos: ¿qué hacemos?"

Y todos saben lo que le respondieron.—"Quemar, quemar, quemar."—No, ¿qué quereis? Me es simpático.

Tambien su figura, aquel ensortijado pelucon cayéndole sobre la coraza, aquella frente alta, aquellos ojos grandes y buenos, aquella boca filosófica, aquel



aire en que se reconoce algo de la ingenuidad del antiguo abogado que abandona la abogacía por haber perdido una causa que tenía por justa, me complace en extremo.

Nos hemos batido con él por espacio de veinte años, le hemos dado y se ha tomado, ha sido víctima de la injusticia en la vejez, ha soportado la adversidad con ánimo entero, tomaba en brazos los soldados que morían y murió despreciando los honores y la gloria.

¡Es tan bello ser justo con un enemigo!

—Está bien—concluyó mi agrónomo, moviendo la cabeza,—pero hizo mucho daño en el campo.

\*  
\*  
\*

La conversacion de Catinat permitió que cerrara la noche. Cuando salimos, la roca de Cavour no era más que una mancha negra que se destacaba sobre un cielo de mal humor, contrastando siniestramente con la ciudad ya iluminada.

En la estacion del tranvía, donde esperaba el pequeño, tren no había más que una familia de campesinos, un nido de niños y niñas, cargados de bultos, que se instalaron en un coche de segunda clase, silenciosamente.

Una mujer de cabellos grises, que parecía la madre, lloraba.

Poco despues llegó corriendo un campesino de una cincuentena de años, seco y alto, una cara de hombre consumido por el trabajo; pero de vigorosa expresion. Subió al tren, dió una ojeada á la familia, y despues vino á apoyarse en la barandilla exterior frente á nosotros.

Nuestro agrónomo lo reconoció. Era un campesi-



no de la parte de Bagnolo, donde poseía un pequeño viñedo y un reducido prado, una casita y un poco de bosque.

—¿Dónde se vá compadre Drea, con toda la casa?—le preguntó mi compañero.

—¡Ehl ¡ehl!—repuso él tranquilamente, cargando la pipa.—Vamos lejos.

Después añadió con un gesto vago:

—A América.

El agrónomo dió un salto.

—¿Se burla V?—le dijo—¿Y la viña?

—Vendida.

—¡Está V. loco! ¿Cómo es posible? ¿Posee tierra que deja para ir á América?

—¿Qué quereis? Hace dos ó tres años que doy lo comido por lo ganado. No sale más que lo que entra. Es preciso que ponga remedio al mal ahora que todavía estoy á tiempo.

—Pero ¿cómo es eso, si las tierras de aquella parte son tan buenas?

—Buenas: bien está. Pero oiga un poco. Mi viña, para que rindiera, es preciso renovar las vides. Yo no tengo un cuarto. Y luego el sostenimiento de la familia: once bocas. Y ya vé usted.....

—Pero su familia trabajará, presumo.....

—¡Trabajará!..... Casi toda son mujeres. Y ya se sabe el trabajo que pueden hacer las mujeres. El niño mayor ha cumplido once años por la Virgen de Agosto.

—Pero las muchachas, ¿no ha pensado V. en mandar á servir á las muchachas? Esas bocas tendrían V. ménos.

—De ménos, es verdad: ya lo sabía. Lo he pensado. Pero vea V. lo que sucedió. La mayor no sabe hacer más que tres platos, y los señores no quedaban contentos. La segunda, prescindiendo de que no sabe de cocina, tiene un humor un poco..... duro, ¿sabe V.? su manera de hacer, que es el motivo por el cual no puede estar en ninguna parte más que tres ó cuatro días. La tercera, una semana después de marcharse, se vió atacada de *pecondría* y me la ví de pronto volver á casa como las otras.

—En resumen, me parece imposible que no tenga V. manera de buscársela sin ir á América. Un hombre á su edad, con toda esa familia..... Sepa V. que es negocio sério. Piénselo bien. Todavía está á tiempo para cambiar de idea.

—¡Cómo quiere que cambie de idea, santo Dios! si hubiera encontrado cuatro mil pesetas á rédito moderado, de modo que hubiera podido renovar las



cepas, y conservar el resto aquí, se comprende.  
¿Pero dónde encontrar ese caballero?

Le preguntamos á qué punto de América iba, y contestó:

—A Buenos Aires.

Le preguntamos si sabía poco más ó ménos en qué parte del mundo se encontraba aquel pueblo.

—¿Qué quieren ustedes que sepa?—repuso.—Sé que está á treinta días de agua.

—¿Ha viajado V. por mar?

—No lo he visto nunca.

—¿Lleva V. cartas de recomendacion?

—¿Qué cartas quieren ustedes que lleve?

—¿Conoce V. á alguien allí?

—A nadie.

—¿Y qué hará apénas llegue?

—Pues....

Nos miramos. En rigor era cosa, como dicen los periódicos, de omitir comentarios.

Fumaba tranquilamente su pipa, mirando el horizonte negro. Su familia estaba agazapada en el vagón, con los bultos sobre las rodillas, todos pensativos.

La madre tenía en brazos un niño de pocos meses y otro muchacho de un par de años dormía con la cabeza apoyada en sus piernas.

Probablemente mientras escribo estas palabras, están todos muertos de desmayo, con los ojos saltando de las órbitas, palidos como cadáveres, rodando dos ó tres días unos sobre otros en la suciedad, presas de la desesperacion de la agonía, dentro de un camarote de tercera clase de un buque italiano, combatido como cascaron de nuez por las ondas enormes del Atlántico, á dos mil millas de todo país habitado.

¡Oh! ¡Llegad salvos á la nueva tierra con aquellos dos niños sanos, pobre gente, y os acojan con caridad y encontreis en aquellas apartadas regiones, el pan y la paz que no pudisteis hallar en vuestra patria.

